

biera impedido un hecho reciente. El conde de Antrim acababa de ser arrestado en Irlanda poco después de su desembarco por las tropas escocesas acantonadas en Ulster, y se le habían encontrado las pruebas del plan formado en York entre él y Montrose para trasportar á Escocia un cuerpo numeroso de católicos irlandeses á fin de sublevar á los montañeses en favor del rey. Evidentemente iba á tener lugar la empresa, puesto que Montrose había tenido conferencias con el rey durante el sitio de Gloucester y Antrim llegaba ya de Oxford. Luego el rey, al tiempo que hacía las más brillantes promesas á sus súbditos, maquinaba clandestinamente contra ellos. En vista de todo, se apresuró el parlamento de Edimburgo á concluir su tratado con el de Westminster, y le informó de cuanto había llegado á su noticia.

Trasmitióle además otro descubrimiento de más importancia: los papeles de Antrim dejaban entrever que Carlos mantenía relaciones con los rebeldes irlandeses; que había recibido demandas y ofrecimientos suyos; que iba á concluir con ellos una suspensión de hostilidades, y se prometía de su adhesión los mejores resultados para la próxima campaña. No eran infundadas estas indicaciones: hacia ya mucho tiempo que Carlos maldecía la Irlanda cuando hablaba con Inglaterra, y en secreto contemporizaba y mantenía relaciones con aquel desgraciado país, donde seguía haciendo continuos estragos la guerra civil. Diez ó doce mil soldados, mal pagados, eran fuerzas débiles para sostenerlo pero bastaban para impedir su emancipación. Por febrero de 1642; antes de la explosión de la guerra civil, habían intentado las cámaras un grande esfuerzo; se había abierto un empréstito para hacer frente á los gastos de una expedición decisiva. Las propiedades de los rebeldes que algún día debían ser confiscadas se habían hipotecado de antemano para el reembolso de los que adelantasen alguna suma. Varias cantidades que así se recogieron habían sido remitidas á Dublin; pero en esto estalló la guerra civil, y el parlamento ya no pensó en Irlanda más que de tiempo en tiempo, y solo para contemporizar con los protestantes de aquel reino, y hacer responsable al rey de tamaños desastres.

Lo mismo practicaba Carlos, y mientras echaba en cara al parlamento que se hubiese apropiado los socorros conseguidos para aquel objeto, interceptaba á su vez los convoyes, ó se apoderaba de los fusiles y pólvora destinados á Irlanda. Pero los influyentes protestantes de este país, aristócratas por situación, eran partidarios del episcopado y de la corona; el ejército contaba entre sus oficiales á muchos que el parla-

mento había alejado como realistas; mandábalos el conde de Ormond, rico, valiente, generoso y popular, que ganó dos batallas á los rebeldes, y se congratuló por ello con el rey. Rápidamente declinó el partido parlamentario en Irlanda, pues los magistrados que le eran adictos fueron reemplazados por otros realistas; en vano el parlamento envió dos comisionados, miembros de la cámara baja, para grangearse alguna influencia, pues Ormond les prohibió la entrada en el consejo, y al cabo de cuatro meses se conoció bastante fuerte para obligarles á reembarcarse.

Desde entonces quedó todo el poder civil y militar en manos del rey, quien desembarazado de una vigilancia importuna si bien que impotente, no titubeó en seguir los planes que se proponía. La reina no había cesado de mantener con los católicos de Irlanda una correspondencia que no ignoraba sin duda su marido. No era ya la insurrección como en su principio el desencadenamiento de un populacho salvaje; obedecía á un consejo soberano de veinte y cuatro miembros, residente en Kilkenny, que la gobernaba con prudencia y regularidad, y que más de una vez había dirigido al rey afectuosos mensajes, suplicándole que no por complacer á sus enemigos quisiese perseguir á sus fieles súbditos. Todavía no se encontraba Carlos en tal peligro ni en guerra tan abierta con sus pueblos para aceptar abiertamente semejante alianza; pero á lo menos podía á su parecer manifestarse más benévolo con los irlandeses, llamar á Inglaterra al ejército que los combatía, y emplearlo en hacer frente á los rebeldes más odiosos y temibles. Ormond recibió orden de abrir en este sentido negociaciones con el consejo de Kilkenny, y entre tanto se exageró la penuria que en efecto era grande y la situación desesperada de los protestantes y sus defensores en Irlanda, para escusarse de tal proceder. En una larga y patética memoria dirigida al consejo de Dublin espuso el ejército todos sus quebrantos y su resolución de abandonar un servicio que no le era posible continuar. Varias representaciones al rey y al parlamento declaraban lo propio con sentidas quejas. Entre tanto seguían las negociaciones, de manera que estaban á punto de concluirse cuando fue preso Antrim. A mediados de setiembre, pocos días antes de que aceptasen solemnemente las cámaras el pacto con la Escocia, se supo que el rey había firmado con los rebeldes irlandeses una tregua de un año, que las tropas que combatían la insurrección habían sido llamadas á Inglaterra, y que cinco regimientos iban á desembarcar en Chester y otros cinco en Bristol.

Elevóse de todas partes un clamor violento, pues los irlandeses eran un objeto de desprecio, de aversion y de horror para la Inglaterra. Entre los mismos realistas, y aun en Oxford, llegó á manifestarse el descontento. Muchos oficiales abandonaron el ejército de Newcastle para presentarse al parlamento. Lord Holland volvió á Londres, diciendo que los papistas dominaban en Oxford y que su conciencia le impedía permanecer entre ellos. Lord Bedford, Clare, Paget, sir Eduardo Dering, y muchos otros, siguieron su ejemplo, encubriendo bajo el mismo pretexto su inconstancia y su cobardía. El parlamento no se mostró severo en punto á arrepentimiento. La conducta del rey era objeto de las invectivas y de los sarcasmos populares. Recordábanse sus recientes protestas y el arrogante tono de sus apologías cuando se habló de las relaciones de la corte con los revoltosos, y si bien era un motivo de satisfacción haber presentido sus secretas tramas, causaba indignacion el ver con que mala fé habia pretendido burlarse de su pueblo. El encono subió de punto al saberse que con las nuevas tropas venian muchos papistas irlandeses, y muchas mujeres semi-salvajes, armadas de largos cuchillos. No contento Carlos con dejar impune la matanza de los protestantes irlandeses, armaba á los mismos asesinos contra los ingleses. Desde entonces fue objeto de un odio profundo, para unos á causa de su doblez, y para otros en razon de su alianza con odiosos papistas: hasta esta época nunca se habia visto zaherido su nombre con tan insultantes dictados.

Instruido de ello, y del pábulo que daba el parlamento á tales voces, tomó á grave ofensa que se juzgase de sus intenciones por sus actos: «Es hacer, decia á Hyde, sobrado honor á esos rebeldes de Westminster tratarlos como si formasen todavía parte del parlamento, cuando no son mas que unos usurpadores de sus derechos. El acto por el que prometí no disolverlos sin su consentimiento me aseguran ser nulo de todo derecho, porque no está en mi mano abolir de este modo las prerrogativas de la corona: al fin quiero usar de ellas. Redáctese uná proclama en que se declaren disueltas las cámaras, y se les prohiba á sus miembros reunirse y á los ciudadanos obedecerles.» Escuchábale Hyde con sorpresa porque tal proyecto le parecia insensato: «Veo, respondió, que V. M. ha examinado profundamente esta cuestion; tocante á mi me es absolutamente nueva, y por el pronto no comprendo como podrá llevarse á efecto una medida tan violenta. Puede que el acto de que habla V. M. sea en efecto nulo, como me inclino á creerlo; pero en tanto que el parlamento, vuelto en sí de sus errores ó reprimido en su rebelion, no lo haya declarado así

él mismo, juzgo que no hay juez ni ciudadano que pueda opinar de ese modo. Además, mucho se ha hablado de que era tal la intencion de V. M., y que de esta manera se proponia anular todos los actos del parlamento. Tales rumores han sido muy perjudiciales á vuestra causa, y lo serán infinitamente mas si de este modo llegaran á confirmarse. Desearia que V. M. lo pensase mejor antes de decidirse.»

En cuanto se supo que Hyde habia hablado al rey con tanta franqueza, todos los miembros del consejo fueron de su dictámen. A pesar de su arrogancia era entre ellos tímido y vacilante el monarca, le embarazaban las objeciones, y cedia comunmente, no sabiendo que responder ó para abreviar una discusion que le disgustaba. Despues de algunos dias de aparentes dudas se abandonó al cabo el proyecto. Parecia sin embargo necesaria una gran medida, aunque no fuese mas que para mantener el espíritu realista, y no dejar que solo el parlamento tuviese en espectacion á todos. Puesto que tenia tal magia entre el pueblo el nombre del parlamento, se propuso convocar en Oxford á los miembros que se habian alejado de Westminster, oponiendo de este modo á una cámara rebelde otra legal y verdadera, en razon de que el rey formaria parte de la misma. No le plugo á Carlos tal proyecto; hasta un parlamento realista le parecia sospechoso é importuno, porque tendria que escuchar sus consejos y tal vez condescender á una paz deshonrosa para el trono. Mayor fue todavía la resistencia de la reina, pues una asamblea inglesa no podia menos de contrariar á los católicos y á los favoritos. Pero, una vez conocida la proposicion, se hizo difícil desecharla; el partido realista la habia recibido con entusiasmo, y el mismo consejo insistia vivamente en sus ventajas por razon de los subsidios que votarian las nuevas cámaras, y por el descrédito que recaeria sobre las de Westminster al ver el número de miembros que la habia abandonado. Carlos cedió á pesar de su repugnancia, de manera que la intencion de disolver un parlamento produjo la formacion de otro nuevo.

Alguna sensacion motivó en Londres tal medida. Se sabia que el partido realista renovaba en la capital sus tentativas; que se intentaba tratar secretamente de la paz sin la mediacion del parlamento; que se habia convenido ya en las bases de la negociacion, entre otras el reconocimiento de los empréstitos hechos en la Cité, cuyos intereses pagaban mal las cámaras, y que Carlos garantiria. Otra trama se descubrió asimismo fuera de Londres, formada por los moderados y algunos dependientes oscuros para impedir la entrada de los escoceses en el reino y

descartarse á toda costa de los presbiterianos. En tanto la cámara baja acababa de perder el mas antiguo y útil de sus jefes : Pym habia sido arrebatado en pocos dias por una enfermedad ; menos brillante que Hampden, no habia por esto prestado menos servicios.

Recto y enérgico, era habil á la vez para perseguir á un enemigo, y para dirigir una discusion ó una intriga ; para fomentar el encono popular, y para empeñar en la defensa de su causa á los magnates vacilantes ; era infatigable para las comisiones, escelente para dar cuenta de medidas decisivas : hallábase dispuesto siempre á encargarse de las funciones mas penosas y temibles : nunca se vió agitado por deseos de gloria ó de fortuna, y únicamente cedió á la ambicion de que triunfase su partido. Poco antes de la enfermedad habia publicado una apología de su conducta, dirigida sobre todo á los amigos del orden y de la paz, como impelido de inquietud por lo pasado y de espanto por las imputaciones del porvenir. Pero la muerte le libró como á Hampden del peligro de desmentir su vida ; y lejos de abultar los posteriores revolucionarios tales como Cromwell, Vane y Haslerig unos leves indicios de zozobra de que dió muestras en sus últimos dias aquel veterano de la reforma nacional, todos reconocieron altamente su memoria. Su cuerpo quedó de manifiesto durante muchos dias, ya para satisfacer el anhelo del pueblo, ya para rechazar la voz esparecida por los realistas de que habia muerto de enfermedad pedicular. Una comision se ocupó de examinar el estado de su fortuna y de hacerle erigir un monumento en la abadía de Westminster ; la cámara entera acompañó su féretro, y poco despues se encargó del pago de sus deudas contraidas todas al parecer en servicio de la patria, y que subian á 40,000 libras esterlinas.

Al tiempo que la cámara popular adoptaba estas disposiciones, una diputacion de la municipalidad se dirigia á los lores á dar gracias á ambas cámaras por su energía y al lord general por su valor, á renovar el juramento de vivir y de morir por su santa causa, y á invitarlas para un banquete solemne en prueba de la union.

El parlamento volvió á grangearse toda la confianza. El mismo dia en que debia reunirse la asamblea de Oxford tuvo lugar un llamamiento nominal en Westminster ; solo acudieron veinte y dos lores á la cámara alta, pero en la otra se reunieron doscientos ochenta miembros : nótese que otros ciento estaban ausentes por orden ó por el servicio del parlamento. Resolvió este no sufrir de modo alguno que se pusiesen en duda sus derechos, y desechar toda relacion con los rivales que se les queria

dar. Poco tardó en ofrecérseles para ello coyuntura. No bien habian transcurrido ocho dias, cuando Essex envió sin abrirlo á la cámara alta un pliego que acababa de trasmitirle el conde de Forth, general en jefe del ejército del rey. Encargóse á una junta de inspeccion, y el informe que dió fue pronto y breve : el pliego no contenia nada que incumbiese á las dos cámaras, y el lord general debia volverlo á quien se lo enviaba. Essex obedeció al instante.

Solo á él con efecto se dirigia el pliego. Cuarenta y cinco lores y ciento diez y ocho miembros de la cámara baja reunidos en Oxford le participaban su instalacion, sus deseos pacíficos y las buenas disposiciones del rey, y le invitaban á que con todo su influjo procurase tambien que se determinasen por la paz *aquellos cuya confianza obtenia*. Solo con estas palabras se designaba á las cámaras de Westminster, en las cuales persistia Cárlos en no querer reconocer al parlamento.

El 18 de febrero recibió Essex otra carta en que el conde de Forth le pedia un salvo conducto para dos gentil-hombres que el rey queria enviar á Lóndres con instrucciones relativas á la paz. «Milord, le respondió Essex, cuando me pedireis un salvo conducto para que esos señores puedan dirigirse á las cámaras de parte del rey, haré cuanto esté de mi parte para contribuir á lo que desean todos los buenos ciudadanos, cual es que se restablezca una perfecta armonía entre S. M. y su único y fiel consejo, el parlamento.»

No tomó Cárlos á mal que fuesen tan intratables sus contrarios, y que la guerra fuese al fin su único partido. Pero la asamblea de Oxford no la echaba de arrogante ; conocia su nulidad, dudaba de su derecho, no habia osado tomar el nombre de parlamento, y temia que el rey oponia un obstáculo á la paz negándolo al de Westminster. Por esto insistió todavia en que diese algun paso ó hiciese alguna concesion capaz de suavizar los ánimos, y al cabo consintió Cárlos en escribir á las cámaras para proponerles una negociacion. El sobre decia asi : «A los lores y diputados del parlamento reunidos en Westminster ;» pero hablaba de los *lores y diputados del parlamento reunidos en Westminster*. Pronto un enviado de Essex trajo la respuesta de las cámaras : «La carta de V. M., decian, nos da las mas tristes ideas tocante á la paz : en ella se da el mismo título que á nosotros á los que faltando á su deber han desertado del parlamento ; y á este mismo parlamento, convocado segun las leyes conocidas y fundamentales del reino, autorizado para sus reuniones por una ley especial sancionada por V. M., se le niega hasta

su nombre. No podemos faltar al honor del país que se nos ha confiado, y es nuestro deber dar á conocer á V. M. que estamos decididos á defender con riesgo de nuestras vidas y haciendas los justos derechos y el pleno poder del parlamento (9 marzo 1644.)

Perdió la asamblea de Oxford toda esperanza de conciliacion, y consideró desde entonces por demás su existencia. Continuó sin embargo hasta el 16 de abril, publicando largas y tristes declaraciones, votando algunos impuestos y empréstitos, dirigiendo amargas quejas á las cámaras de Westminster, y dando al rey muchas pruebas de fidelidad; pero tímida, inactiva, impotente, y solo deseosa de grangearse alguna dignidad hablando constantemente al monarca del orden legal y de la paz. Este, que temia tales consejeros, tardó poco en encontrarlos tan importunos como inútiles: ellos mismos se cansaban del innoble papel que con tanta solemnidad hacian. Despues de pomposas protestas sobre que modelaria su conducta por sus consentimientos, Carlos pronunció su disolucion, y á poco se felicitaba ya con la reina por verse libre «de ese parlamento raquítico, guarida de cobardes y foco de sediciosas mociones.»

Próxima á abrirse la campaña, se le anunciaba ya con pocos lisonjeros auspicios. A pesar de la inaccion de los dos ejércitos principales, la guerra habia continuado con ventaja para el parlamento en todo lo restante del reino. Al Nordeste, despues de seis semanas de triunfos, habian sido casi enteramente destruidos por Fairfax en el condado de Chester y junto á Natwich los regimientos llegados de Irlanda. Al Norte, habian empezado los escoceses su movimiento de invasion bajo las órdenes del conde de Leven. Salióles al encuentro lord Newcastle; pero durante su ausencia derrotó Fairfax en Selby á un numeroso cuerpo de realistas, y para librar la plaza de York de todo riesgo, se vió aquel precisado á encerrarse en ella. Al Este, se formaba un nuevo ejército de 14,000 hombres al mando de lord Manchester y de Cromwell, dispuesto á dirigirse donde fuese necesario un refuerzo. Al Mediodía, junto á Alresford, sir William Waller habia alcanzado una inesperada victoria sobre sir Ralph Hopton. Algunas ventajas del principe Roberto en los condados de Nottingham y de Lancaster no compensaban ciertamente tantos descalabros. Aumentábase la indisciplina y el desorden entre los realistas, los hombres honrados se entristecian y disgustaban, mientras los demás exigian la licencia por precio de un arrojo sin virtud: de dia en dia ejercia menos influjo la autoridad del rey sobre los jefes y el de estos sobre los soldados. En Lóndres por el contrario eran cada vez mas enérgicas las medi-

das; quejábanse de que ninguna deliberacion de la cámara popular fuese secreta para el rey, al instante se dió un poder casi absoluto sobre la guerra y relaciones interiores y exteriores á un consejo compuesto de siete lores, de catorce representantes del pueblo y de cuatro comisionados escoceses. Llegó el entusiasmo á impeler varias familias á privarse de una comida por semana y dar su valor al parlamento, y no tardó esta abnegacion espontánea en ser, mediante un decreto de las cámaras, obligatoria á todos los habitantes de Lóndres y de sus alrededores. Estableciéronse derechos de consumo hasta entonces desconocidos sobre el vino, la cidra, la cerbeza, el tabaco y muchos otros géneros, y redobló su rigor la junta de secuestros. Al abrirse la campaña mantenía el parlamento cinco ejércitos, los de los escoceses, de Essex y de Fairfax, todos á cargo del tesoro público; y los de Manchester y de Waller por medio de contribuciones locales, percibidas semanalmente en ciertos condados que debian aprontarlas. Estas fuerzas subian á mas de 50,000 hombres, de los que disponia á su placer la junta nombrada de ambos reinos (1).

A pesar de la presuncion que reinaba en Oxford, no tardó en manifestarse una viva zozobra. Admirábanse de no recibir de Lóndres ninguna confidencia; solo se sabia que se hacian alli grandes preparativos, que el poder se concentraba en manos de los mas osados, que hablaban de medidas decisivas, y que todo tomaba en fin un siniestro aspecto. De repente cundió la voz de que Essex y Waller se han puesto en movimiento, y se adelantan para poner sitio á Oxford. La reina, embarazada de siete meses, manifestó querer partir al instante; en vano algunos miembros del consejo se aventuraron á deplorar el mal efecto de tal resolucion; en vano manifestó disgusto el mismo Carlos: la sola idea de verse encerrada en la plaza sitiada le era segun decia, insoportable, y se moriria si no la permitian retirarse al Oeste, en algun punto donde pudiese parir lejos de la guerra, embarcándose en todo caso para Francia. Fuera de sí á la menor objeccion se desesperaba, suplicaba y lloraba; nadie se atrevia á resistir á su voluntad; se le escogió por morada.

(1) Los escoceses eran 21,000 hombres, y su manutencion mensual costaba 31,000 libras esterlinas: Waller mandaba 5,100; Essex 30,500, que costaban mensualmente 40,504 libras esterlinas; la manutencion del de Waller subia semanalmente á 2,638 libras esterlinas; Manchester mandaba 14,000 hombres, que costaban semanalmente 8,445 libras esterlinas; y Fairfax de 5 á 6,000; no se ha podido indagar á cuanto ascendia su manutencion y sueldo etc.

Exeter en el condado de Devon, y á últimos de abril se separó de su marido, que ya no debía verla mas.

Essex y Waller se dirigian en efecto á bloquear á Oxford, mientras Fairfax, Manchester y los escoceses iban á reunirse junto á York para sitiarse la plaza. De este modo las dos grandes ciudades y los dos poderosos ejércitos realistas, el del rey y el de Newcastle, eran atacados á la vez por todas las fuerzas del parlamento. Tal era el plan sencillo y osado que acababa de adoptar la junta de ambos reinos.

A últimos de mayo casi estaba bloqueada Oxford: las tropas del rey sucesivamente desalojadas de las plazas que ocupaban en los alrededores, tuvieron que replegarse, unas en la ciudad y otras al Norte de ella; ningún socorro podía llegar á tiempo; el príncipe Roberto se habia internado en el condado de Lancaster; el príncipe Mauricio sitiaba en Dorset el puerto de Lyme, y lord Hopton permanecía en Bristol para salvar la plaza de las conspiraciones que se tramaban para entregarla al enemigo. Un refuerzo de 8,000 milicianos de Lóndres ponía á Essex en estado de completar el bloqueo. Parecía tan inminente el riesgo, que uno de los mas fieles consejeros del rey le propuso entregarse personalmente al conde: «Puede, respondió indignado, que me encuentren en poder del conde, pero muerto.» Esparecióse por Lóndres la voz de que viéndose apretado el rey, intentaba dirigirse de repente sobre la capital ó ponerse bajo la protección del lord general. «Milord, escribieron al instante á Essex los diputados llenos de sobresalto, es general por aquí la voz de que el rey viene á Lóndres, y deseamos que procureis descubrir el fundamento de tales rumores; si algun dia llega á vuestra noticia que S. M. se propone retirarse, bien sea por aquí ó en el ejército, creemos que dareis al instante aviso á las cámaras, y no emprendereis nada sin su consentimiento.» Comprendió Essex la desconfianza que encubrian estas palabras. «Ignoro absolutamente, respondió, de donde procede el rumor de que S. M. se dirige á Lóndres y procuraré descubrirlo; pero juzgo que en la capital es donde mejor podrá saberse, pues el ejército lo ignora. Si llega á mi noticia que el rey quiere presentarse al ejército ó al parlamento, os informaré al instante; mas no se que motivo haya para creerlo, y en todo caso seré yo el último que lo sepa.»

Otro rumor bien distinto y mas cierto sorprendió á poco al parlamento y al ejército: el rey estaba en salvo. El 5 de junio á las 9 de la noche, seguido del príncipe de Galles y dejando en la plaza al duque de York con toda la corte, salió de Oxford, atravesó dos campamentos ene-

migos, se reunió á un cuerpo de tropas ligeras que le esperaba hácia el Norte, y en poco tiempo estuvo fuera de alcance.

Llegó á lo sumo la sorpresa, y se debió tomar una pronta resolución. Carecía ya de objeto el sitio de Oxford; no tardaría en presentarse el rey con fuerzas formidables, y convenia sobre manera impedirle que se reuniera al príncipe Roberto. Essex convocó un gran consejo de guerra, y propuso que Waller, libre de bagages y gruesa artillería, siguiese en persecucion del rey, mientras él marchaba al Oeste para hacer levantar el sitio de Lyme, y reducir el pais á poder del parlamento. Waller desechó este plan, por no ser tal, dijo, el destino señalado por la junta de ambos reinos á los dos ejércitos caso que debiesen separarse: tocábale á él el mando del Oeste. El consejo de guerra fue del parecer del lord general; Essex reclamó con orgullo la sumision, y Waller obedeció, poniéndose sin retardo en movimiento, aunque habiendo antes dirigido amargas quejas á la junta sobre el desprecio que hacia el conde de sus instrucciones.

Vivamente ofendida esta, pasó la queja á la cámara, y al instante se dió orden á Essex para que persiguiese al rey, y dejase á Waller solo en el Oeste como hubiera debido practicarle.

No muy alegre habia entrado el conde en campaña; durante el invierno, sus enemigos habian vuelto en sí de su estupor y le tendian mil lazos; poco antes de su partida una peticion popular habia clamado por la reforma de su ejército, y las cámaras la escucharon sin muestras de descontento; el ejército de Waller estaba mas provisto y era pagado con mas exactitud; evidentemente para reemplazarle en todo caso, formaba Manchester otro; en Lóndres y en su campamento se indignaban sus amigos viendo que desde una sala de Westminster unos hombres estraños á la guerra querian arreglar las operaciones y prescribir movimientos á los generales. El conde contestó á la junta: «Vuestras órdenes son contrarias á la razon y á la disciplina militar; si retrocediese, no seria poco el ánimo y fuerza moral que cobraría el enemigo. Vuestro inocente, si bien que sospechoso servidor, Essex.» Y continuó su marcha.

Sorprendida la junta, dejó para otra ocasion su queja y encono, pues aun los enemigos del conde no se sentian bastante fuertes para perderle ni aun para despreciar sus servicios. Contentáronse de consiguiente con dirigirle una reprension sobre el tono de su carta, y le mandaron seguir en la expedicion que por el anterior mensaje se le prescribia abandonar.

Las noticias del ejército de Waller confirmaron tan prudentes dispo-